

Sobre *Íconos de la ley* de Massimo Cacciari

Paula Fleisner

A propósito de Massimo Cacciari, *Íconos de la ley*, traducción y prólogo de M. B. Cragnolini, Buenos Aires, La Cebra, 2009.

Este libro, publicado por primera vez en italiano en 1985 y reeditado con algunas modificaciones en 2002, es uno de los textos fundamentales para comprender el itinerario filosófico de Cacciari y para acceder a ciertos nudos centrales y todavía muy presentes en la filosofía italiana contemporánea. Gracias a un trabajo obsesivo y riguroso, contamos hoy con una traducción que nos ofrece un texto que, lejos de las literalidades inseguras, mantiene con su “original” una relación icónica “alla Cacciari”, esto es, nos muestra como en un espejo su misterio y, sin pretender aclararlo, nos regala sus cadencias, sus adjetivaciones, su retórica finísima.

El libro es la expresión de una filosofía de la tragedia, de la escisión, de la tensión irreductible y “constructiva”, que debe ser diferenciada de la confusa y exasperante dramaticidad (p. 285) de un nihilismo estetizante e idolátrico. La tragedia será aquí la característica principal de la relación entre la Ley (lo Inefable, lo Invisible, el Silencio, lo Irrepresentable) y el icono (el *eikon*, la palabra, la imagen, lo visible, lo criatural, la representación). Trágica, paradójica y angelical es también la propia naturaleza del icono que se revela tan epifánica –manifestación, re-velación– como apofática –negación, velación–, y que se evidencia en ciertas tradiciones teológicas, matemáticas pictóricas, a cuyo análisis dedicará Cacciari la segunda mitad del libro. Trágica también, será aquí, la situación del campesino kafkiano frente a la puerta abierta de la Ley: “todo está abierto” y sin embargo, “nada está resuelto”: no podemos entrar en lo abierto.

La pregunta que atraviesa el pensamiento de Cacciari, y que se encuentra expresada de modo eminente en este libro, es aquella sobre las posibi-

lidades de las imágenes y de los lenguajes frente al declinar de todo Nomos, de toda Ley. Una escucha despojada y atenta de la resonancia de las tradiciones filosóficas, teológicas, artísticas, políticas y económicas más diversas para analizar la relación entre el “nihilismo europeo” y el “lenguaje de lo Místico”.

Resuena *Íconos* en la obra posterior de Cacciari, pues éstas serán las cuestiones que se aborden en *Dell'Inizio* (1990) y en *Della cosa ultima* (2004), obras habitualmente consideradas como las más “sistemáticas” de su autor y por ello determinantes en el panorama de la filosofía italiana actual. ¿Puede el pensar asumir el «inicio» como su problema? El problema del pensamiento filosófico es, desde el *Parménides* platónico, el de aquel “comienzo” del pensar. Pero el “inicio” será abordado de un modo trágico, no dialéctico, asumiendo su aporicidad radical, “conjunto indiferente de todas las posibilidades”, tal como se nos revela la dimensión de lo “posible” al final de *Íconos de la ley*: presente y ausente, umbral inagotable al que estamos arrojados, imposible de atravesar. pues no hay un más allá de él, pre-supuesto riesgoso del existir determinado, potencia existentificante que reúne simpatéticamente compositibles y compuestos, como una obra polifónica sin autor cuyo orden acontece de modo inmanente a su construcción. “El inicio se recrea continuamente, es repetición. «En el inicio», dice Cacciari hablando de la forma y la figuración en Klee, no encontramos más que el ponerse-en-movimiento de la energía, lo que «niega» todo Inicio” (p. 334). También en *Della cosa ultima*, lo último será el Inicio, entendido aquí como la infinidad misma de la cosa en su singularidad indeclinable e inalienable.

Resuena también, este libro, en buena parte de la filosofía italiana actual, incluso más allá de su explícita evocación dentro del llamado “pensamiento negativo”, en autores que centralizan hoy el debate filosófico también fuera de Italia.

Notable es, por ejemplo, su pregnancia en relación al debate posterior en torno a la forma de la Ley y al problema del fundamento de la soberanía. En efecto, el análisis de las formas paradójicas de la Ley en la filosofía de Rosenzweig, en los relatos de Kafka, en el pensamiento freudiano y en la música de Schönberg que integran la primera mitad del libro,

nos ofrece no sólo una mirada sobre las limitaciones de la tradición del *Nomos der Erde*, en cuya discusión crítica se detuvieron luego pensadores como Agamben o Esposito, sino también la reconstrucción de una tradición alternativa que es una “renovación del pensar” y que piensa a partir de la Ley del éxodo o, mejor aún, del éxodo de la Ley.

Otra “presencia” de este libro en la actualidad, que podría pensarse como un marco desde el cual puede comprenderse un cierto núcleo común característico de la filosofía italiana de hoy, es el modo particular en el que filosofía del arte y filosofía política se entrelazan aquí “en un *pianissimo* imperceptible” pero decisivo. En efecto, estamos frente a un libro que evalúa concienzudamente problemáticas centrales del arte contemporáneo devolviendo, a su vez, el arte a su plena dimensión política, en tanto modo de intervención común en el mundo. Dado que se discute aquí el carácter productivo del arte y que la obra es precisamente el instante de difícil equilibrio en el que existencia y posibilidad se participan, el arte nos muestra una forma del hacer, humano, que al asumir la inexistencia de un fundamento ontológico, una ley omnivinculante, propone un ordenamiento posible.

Tarea vana, sin dudas, sería intentar trazar aquí un mapa de este libro. No es posible “trazar una diagonal” que nos permita inferir lógicamente la relación entre sus partes. No puede establecerse un método para leerlo, su lectura es un riesgo, como dice Cacciari con relación a la obra de Mondrian (p. 273). Estamos frente a un texto que, como un laberinto danzante, “sin Centro y sin una resolubilidad predeterminada [...] no avanza directamente a un Lugar determinado” (pp. 296-297) o incluso, como una *cruz* que cambia, no parece estructurarse a partir de una hipótesis previa con la cual “medir” el alcance de las tradiciones evaluadas. Se trata de un libro que lee, de una música que escucha, de una serie de preguntas que nada esperan y que sin embargo mucho sugieren. Estamos frente a él como frente a las innumerables vías que evidencian la inexistencia de la Vía; no obstante, este paisaje diverso, de repetición no simétrica—como la «serie» de la ciudad de Klee— (p.338) no nos propone una nostalgia por la ausencia de una calle que nos conduzca a la Meta, sino que nos invita a una fiesta, a la celebración de la obra polifónica que el universo es.